

Hacia una agenda de gobernanza para el Hemisferio Atlántico emergente

Towards a governance agenda for the emerging Atlantic Hemisphere

Daniel S. Hamilton

Catedrático de la Austrian Marshall Plan Foundation y director del Center for Transatlantic Relations, Paul H. Nitze School of Advanced International Studies, Johns Hopkins University. Director ejecutivo del American Consortium on EU Studies
dhamilton@jhu.edu

Resumen: La cuenca atlántica está resurgiendo como un subsistema importante dentro de la economía política global: corrientes interrelacionadas de personas y energía, dinero y armas, bienes y servicios, tecnología y terrorismo, drogas y delincuencia; mayor acceso recíproco a los mercados, recursos y talento. Pero las crecientes interdependencias generan nuevas vulnerabilidades y retos: cooperación en recursos y conexiones energéticas; promoción del comercio y la inversión; migración e integración; construcción de sociedades resistentes; mejora de la buena gobernanza; inversión en desarrollo humano; y lucha contra las organizaciones criminales transnacionales y sus crecientes vínculos con terroristas e insurgentes. Aunque los mecanismos de gobierno y cooperación diplomática *panatlánticos* todavía están en sus inicios, una serie de hechos sugieren que es posible una cooperación hemisférica amplia y entrelazada. De hecho, la cuenca atlántica puede emerger como un laboratorio mundial para una gobernanza interregional e interconectada entre países desarrollados y países emergentes.

Palabras clave: cuenca atlántica, Hemisferio Atlántico, energía, comercio, inversión, seguridad humana, gobernanza, globalización

Abstract: *The Atlantic Basin is re-emerging as an important subsystem within the global political economy: inter-linked flows of people and energy, money and weapons, goods and services, technology and terror, drugs and crime; greater access to each other's markets, resources, and talent. Yet, growing interdependencies generate new vulnerabilities and challenges: cooperation over resources and energy connections; promotion of trade and investment; migration and integration; building resilient societies; enhancement of good governance; investment in human development; and the fight against transnational criminal organisations and their growing links to terrorists and insurgents. However, while governance mechanisms and diplomatic cooperation based on a pan-Atlantic framework are in their infancy, a host of developments suggests that broad-ranging, interwoven hemispheric cooperation may be possible. In fact, the Atlantic Basin may emerge as a global laboratory for inter-regional, networked governance between developed and emerging countries.*

Key words: Atlantic Basin, Atlantic Hemisphere, energy, trade, investment, human security, governance, globalisation

La cuenca atlántica está reemergiendo como un subsistema importante en el seno de la economía política global, junto a los sistemas de las cuencas del Pacífico y del océano Índico. En gran medida inadvertido a ojos de la mayoría de dirigentes políticos y comentaristas de los medios de comunicación, los pueblos de todo el espacio atlántico –del Atlántico Norte y del Atlántico Sur en conjunto– han participado y se han relacionado en toda una serie de formas que modifican los perfiles del poder e interdependencia globales y plantean nuevos desafíos de gobernanza efectiva. El auge de una Asia en desarrollo ha llamado la atención del mundo, y con razón. El dinamismo de la región es espectacular y cambiará el mundo. Sin embargo, por su propia naturaleza, la globalización no queda limitada a una sola región. De hecho, pese a la concentración en el Pacífico, es importante reconocer que la cuenca atlántica se está convirtiendo también en un punto fundamental de la globalización. El bienestar de la población de esta vasta región se ve cada vez más influenciada por los flujos interrelacionados de personas y energía, dinero y armas, bienes y servicios, tecnología y terrorismo, drogas y delincuencia. Las sociedades de la cuenca atlántica se están beneficiando de un mayor acceso a los mercados, los recursos y el talento recíprocos. Pero a medida que el creciente entramado de interdependencias en la cuenca atlántica genera nuevas oportunidades, también se originan nuevas vulnerabilidades a lo largo de las arterias y nodos interrelacionados de los que dependen las sociedades del Atlántico, lo que requiere esfuerzos conjuntos para promover la seguridad humana mediante el refuerzo de la resistencia de tales redes y de las funciones esenciales de las sociedades de todo el espacio atlántico.

A pesar de los crecientes vínculos en temas como la energía, el comercio, la seguridad humana, las normas y valores, así como en cuestiones relacionadas con el propio océano Atlántico, los mecanismos de gobernanza y cooperación diplomática que tengan en consideración un marco panatlántico están aun en sus inicios. Diversos formatos subregionales, *asociaciones estratégicas* bilaterales, mecanismos de cooperación triangulares y redes público-privadas comienzan lentamente a redibujar el mapa político del Atlántico; aunque, en términos generales, todavía existe una creciente necesidad de encontrar nuevos enfoques de gobernanza respecto a lo que puede calificarse, con justicia, de nuevo Hemisferio Atlántico.

Legados históricos y sensibilidades políticas han impedido el desarrollo de una verdadera conciencia atlántica. Sin embargo, una serie de acontecimientos parece indicar que una cooperación hemisférica amplia y entrelazada puede ser posible: después de centrar una considerable atención en el auge del Pacífico, los estadounidenses están redescubriendo que forman parte de una dinámica atlántica más amplia; los europeos, que luchan por volver a situarse en un mundo de mercados al alza y nuevas coyunturas de vulnerabilidad, se han dado cuenta

de que algunas de sus mayores oportunidades pueden estar en el Atlántico; los latinoamericanos acuden en calidad de socios a los africanos en temas de reforma política y crecimiento económico diversificado, y muestran signos de estar dispuestos a distanciarse de la mentalidad dominante por limitar la influencia del Atlántico Norte a otra centrada en la cooperación con socios del Hemisferio Atlántico para diversificar sus economías y fomentar democracias crecientes y seguras; y mientras las economías africanas avanzan en medio de constantes desafíos al desarrollo humano, incluidos el acceso al agua potable y a la energía abundante, se reconoce de modo creciente que un marco atlántico puede ofrecer una importante oportunidad para un compromiso más amplio del continente en el ámbito global.

La dinámica energética del Atlántico

La energía es una cuestión clave que conecta a la población de la cuenca atlántica. Un *renacimiento de la energía atlántica* está redibujando mapas globales de petróleo, gas y energías renovables a medida que surgen nuevos actores energéticos, se conectan nuevas fuentes de energía convencionales y no convencionales y surgen oportunidades desde el principio de la cadena de suministro de energía. En conjunto, estos acontecimientos trasladan el centro de gravedad del suministro de la energía global de Oriente Medio al Hemisferio Atlántico (Jaffe, 2011). Probablemente, durante los próximos veinte años el Atlántico se convertirá en la reserva de energía del mundo y en un exportador neto de numerosas formas de energía a las cuencas de los océanos Índico y Pacífico. El 21% de las importaciones de petróleo de China provienen ya de la cuenca atlántica (Isbell, 2012). Como indica Paul Isbell, más allá de los titulares relativos a las cuestiones internacionales, se ha ido cimentando un sistema energético de la cuenca atlántica en torno a estas dinámicas cambiantes de la oferta y la demanda, el aumento del volumen y la relativa autonomía de los recursos energéticos del Atlántico y los diversos aspectos complementarios de la cadena de suministro. A pesar de la creciente naturaleza global de numerosos mercados de energía, existen mercados regionales de la cuenca atlántica para crudo, gas natural licuado (GNL), carbón y productos derivados del petróleo. La revolución del gas, que incluye el gas no convencional, el gas natural licuado y las tecnologías de conversión de gas a líquidos (GTL, por sus siglas en inglés), presta asimismo cada vez más atención al Atlántico. El mapa energético del Atlántico revela grandes disparidades en riqueza y pobreza energéticas; no obstante, las conexiones comerciales y de inversión energética panatlánticas se aceleran, impulsadas por el descubrimiento

y la explotación de nuevas reservas de petróleo y gas a lo largo y ancho del Atlántico, por la transferencia progresiva de nuevas tecnologías de bajas emisiones de carbono, por el desarrollo a gran escala de energías renovables, desde la energía eólica a la bioenergía, y por un auge de servicios energéticos (Isbell, 2012).

El Hemisferio Atlántico marca el ritmo global de la innovación energética y de las energías renovables. En la actualidad alberga alrededor del 70% de la capacidad de energía renovable instalada a escala global. Una amplia variedad de energías renovables –de la bioenergía a la energía solar y eólica– se está desarrollando actualmente con mayor rapidez en la cuenca atlántica que en las cuencas del Índico y del Pacífico. En el Atlántico Norte tiene lugar una innovación energética muy importante; Brasil es un líder mundial en innovación en energías renovables; Sudáfrica ha logrado avances muy notables en combustibles sintéticos para el transporte, y Marruecos es un país pionero entre los países en desarrollo en modernas energías renovables. Europa y África del Norte realizan ambiciosos esfuerzos que unen las orillas norte y sur del Mediterráneo en una vasta red de energía solar. En definitiva, la cooperación panatlántica ofrece tanto la capacidad y las posibilidades de incrementar la producción de energía tradicional y de facilitar el acceso a la energía a millones de personas, como de ayudar a construir un puente hacia un futuro con bajas emisiones de carbono.

El sector de los biocombustibles constituye un buen ejemplo de que ciertos mecanismos innovadores de gobernanza del Atlántico podrían revestir gran importancia y marcar la diferencia (Isbell, 2013). El Atlántico es la cuna de la industria moderna de los biocombustibles y el hogar de más del 80% de la producción y el comercio mundial actual de este tipo de energía. Ciertos países del Atlántico han tomado el liderazgo internacional en instaurar el uso de biocombustibles como combustible de mezcla para reducir el consumo de combustibles derivados del petróleo, como la gasolina y el diesel, así como establecer el horizonte de mercado e inversión de los biocombustibles. Los acuerdos atlánticos o de empresas colaboradoras en las áreas relacionadas con los biocombustibles caracterizarán probablemente la gobernanza mundial en relación con los biocombustibles en las próximas décadas. Una iniciativa atlántica de biocombustibles no solo fomentaría este sector industrial en la cuenca atlántica, sino que podría constituir el núcleo de enfoques globales en cuatro áreas relacionadas: la primera hace referencia al esfuerzo internacional para crear un efectivo régimen comercial multilateral de biocombustibles; la segunda a la colaboración respecto a los ámbitos de la investigación, el desarrollo, la inversión, la producción, la distribución y la regulación de biocombustibles, en particular con relación a la tecnología de segunda generación basada en materiales de alto contenido en celulosa; la tercera es el examen de las posibles distorsiones o riesgos planteados por el apoyo público a gran escala y/o el uso de los biocombustibles en relación

con la seguridad alimentaria, el medio ambiente, el desarrollo económico y el comercio; y, por último, referente a los datos actuales sobre los biocombustibles que están plagados de contradicciones, la racionalización y estandarización de estos datos, tal vez inicialmente entre los países del Atlántico que usan biocombustibles, podrían facilitar una comprensión global más amplia de la dinámica de estos recursos.

La cooperación atlántica concertada en materia de biocombustibles y otras áreas relacionadas con la energía podría sentar las bases de esfuerzos más ambiciosos. A largo plazo, la perspectiva de 9.000 millones de personas que basen su crecimiento futuro en el uso extensivo del petróleo y el gas, así como de otros recursos, es simplemente insostenible. Romper el nexo entre la producción de riqueza y el consumo de recursos es un reto histórico, pero también una oportunidad para avanzar hacia patrones de consumo y de competitividad totalmente distintos. La cooperación y la innovación en toda la cuenca atlántica podrían abrir el camino. Esta innovación podría tener un impacto singularmente espectacular en África, que sigue caracterizándose por grandes bolsas de pobreza energética. Este continente muestra el índice de electrificación más bajo de todas las regiones del mundo –solo el 26% de los hogares cuenta con electricidad–, de modo que hasta 547 millones de personas carecen de acceso a la electricidad. Mientras tanto, el 75% de los africanos todavía dependen de la biomasa tradicional para la cocina y la calefacción.

La Agencia Internacional de la Energía calcula que el costo de instalar el acceso universal a la energía moderna para el 2030 es de 48.000 millones de dólares al año –solo el 3% de lo que los expertos consideran que se invertirá en proyectos de energía a escala mundial en los próximos 18 años– (IEA, 2011). Ampliar el acceso a la energía puede reducir la pobreza y la mortalidad infantil, mejorar la educación, promover la sostenibilidad ambiental, así como acelerar el crecimiento económico y la prosperidad.

La agenda comercial atlántica

A pesar del auge del Pacífico, fluye más comercio e inversión en el Atlántico que en cualquier otra parte del mundo (Hamilton y Quinlan, 2013). Nunca tantos trabajadores y consumidores han entrado en la economía atlántica de forma tan rápida o repentina como en los últimos quince años. Sin embargo, hay demasiadas personas que aun no se están beneficiando de este desarrollo; la pobreza, los conflictos y el deterioro del medio ambiente todavía retienen su potencial. Los flujos comerciales en la cuenca atlántica ofrecen una foto mixta. Por

un lado, los vínculos entre América del Norte y Europa se encuentran entre los más profundos y consolidados del mundo; los lazos entre Europa y América del Sur crecen y las relaciones económicas entre África y Europa son considerables, aunque Europa ha perdido terreno frente a China en los últimos años. Pero, por el otro lado, encontramos también lazos débiles, los más agudizados de los cuales están entre América del Norte y África, así como entre América del Sur y África, aunque cada uno de ellos va creciendo progresivamente. Las relaciones entre América del Sur y África, de hecho, muestran el mayor dinamismo de los flujos comerciales panatlánticos.

El comercio de mercancías es el principal factor que mantiene cohesionada a la cuenca atlántica; su total se ha más que duplicado en la última década, hasta llegar a los 2.520 millones de dólares en el 2011. Los vínculos regionales son cada vez más profundos gracias a la mayor inversión extranjera directa transfronteriza, al aumento del comercio de servicios, así como al incremento de los flujos de capital. Además, los países del Atlántico en rápido desarrollo se están conectando con el mercado global y convirtiéndose en un importante motor de la economía global. Hasta fecha reciente, América Latina y África habían sido en gran medida excluidas de las cadenas de suministro globales; sin embargo, diversos cambios en marcha en el desarrollo de infraestructuras, el entorno empresarial y la innovación económica están redibujando el mapa comercial del mundo. Las cadenas de valor actuales, orientadas al comercio basado en actividades (*trade in tasks*), tienen un gran potencial para los países menos desarrollados del Atlántico Sur, ya que es mucho más fácil desarrollar capacidades en una reducida gama de tareas que en la fabricación integrada de un producto completo (Collier y Venables, 2007). Cuando haya pasado la tempestad de la crisis económica y financiera, el carácter y la naturaleza de la globalización económica pueden verse transformados de manera significativa con respecto a los flujos de capital, las cadenas de producción y los patrones de comercio, de modo que los países atlánticos pueden ser los principales beneficiarios.

África es un ejemplo al respecto. La inversión fluye hacia África, impulsada por los altos índices de crecimiento, la expansión de la democracia, así como el aumento del consumo entre la clase media en auge en el continente, apoyada por el incremento de los ingresos disponibles y un acceso más fácil a los avances en el campo de las comunicaciones, como la telefonía móvil e Internet. La inversión extranjera en África superó por primera vez la ayuda en el 2006; ahora la dobla. A lo largo de la costa atlántica africana, las fábricas textiles están en auge, ya que los proveedores globales buscan mano de obra a bajo coste y de habla inglesa, así como puertos situados diez días más próximos que las fábricas textiles de Asia, respecto a la distancia de la costa este de Estados Unidos y la cercanía de Europa (Hinshaw, 2012). Paradójicamente, el auge del Pacífico

realza precisamente, en parte, el perfil del Atlántico. Durante los últimos 15 años, el comercio marítimo entre el Atlántico y el Pacífico ha experimentado un auge, propiciando a su vez nuevas instalaciones portuarias en toda la cuenca atlántica, especialmente a lo largo de sus costas meridionales. El Canal de Panamá celebrará su centenario doblando su capacidad en el 2014, hecho que facilitará enormemente las conexiones entre los océanos Atlántico y Pacífico. Pueden abrirse asimismo otras conexiones entre el Atlántico y el Pacífico. La apertura de la vía del Ártico al tránsito marítimo regular brindará en última instancia rutas alternativas mucho más cortas de ida y vuelta entre Asia Oriental y el este de América del Norte y Europa.

El auge de China, en particular, ofrece una importante oportunidad económica a las economías atlánticas. La construcción de infraestructuras, en régimen de intercambio por recursos, por parte de China de acuerdo con una serie de gobiernos africanos, ha propiciado una renovación de este sector, desde carreteras y vías férreas a aeropuertos y presas. El comercio entre China y África y América Latina ha crecido más rápidamente que con las regiones desarrolladas del Atlántico Norte. La entrada de China en el espacio atlántico, sin embargo, también comporta desafíos. El comercio de los dos continentes del Atlántico Sur con China tiene una considerable semejanza con los patrones coloniales tradicionales. Como ejemplo, el 90% de las exportaciones brasileñas a China se compone de materias primas, mientras que el 90% de las importaciones brasileñas de China son productos manufacturados. El patrón es similar en todo el continente africano. El comercio entre Atlántico Sur y Norte, en cambio, tiene carácter mucho más complementario; el comercio de mercancías de Brasil con Estados Unidos es equitativamente equilibrado entre materias primas y bienes manufacturados. Estos desequilibrios motivan preguntas, respecto a ambos continentes meridionales, sobre la utilidad de que se vean bloqueados en relaciones comerciales de estilo colonial en un momento en que todos los países trabajan para diversificar sus economías respectivas. Unos lazos económicos atlánticos más profundos pueden dar lugar, probablemente, a oportunidades más equilibradas.

En resumen, las crecientes conexiones comerciales a través del Hemisferio Atlántico ofrecen un potencial considerable. Sin embargo, resultan desafiadas por una serie de acontecimientos que van desde negociaciones comerciales multilaterales y birregionales estancadas, a retos proteccionistas de ámbito doméstico, medidas comerciales distorsionantes y ausencia de mecanismos panatlánticos de gobernanza económica. En este contexto, se observan esfuerzos en curso, en particular en el Atlántico Norte, para impulsar nuevos acuerdos comerciales plurilaterales. La Unión Europea ultima un acuerdo integral de libre comercio con Canadá, e impulsa negociaciones sobre una Asociación Transatlántica de Comercio de Inversión con Estados Unidos. Tales iniciativas, en caso de tener

éxito, prometen beneficios económicos importantes para las partes involucradas. Pero los países del Atlántico Sur, muchos de los cuales siguen luchando para diversificar sus economías, están preocupados por la posibilidad de que estos nuevos esfuerzos desvíen el comercio en su perjuicio.

Por consiguiente, se está desarrollando una agenda comercial panatlántica compuesta de varios elementos. En primer lugar, los países de América del Norte y la Unión Europea podrían armonizar su actual confusión de mecanismos de comercio preferente con relación a países africanos de bajos ingresos. América Latina, posiblemente, podría unirse para ofrecer el mismo acceso a los mercados, sobre la base de las preferencias ya aplicadas por algunos países latinoamericanos y de los intereses que han expresado en la OMC, para mejorar el acceso a los mercados en el caso de los países en desarrollo más pobres. Dichos esfuerzos armonizarían la cobertura de país y producto, así como las normas de origen de los actuales acuerdos preferenciales, adoptando las mejores y más efectivas disposiciones de cada programa respectivo, compatibilizándolos y actualizando las normas de acuerdo con el entorno comercial actual (Herfkens, 2013).

Asimismo, los socios atlánticos poseen un interés compartido en el desarrollo de códigos de conducta sobre la gestión de los recursos naturales para promover la transparencia y la rendición de cuentas en cuestiones como los derechos mineros, los regímenes fiscales, las normas fiscales y la inversión pública. Tales normas podrían apoyar tanto a los reformistas en el seno de economías ricas en recursos como fomentar un comportamiento responsable por parte de las industrias extractivas (Page, 2012). La Iniciativa para la Transparencia de las Industrias Extractivas es un ejemplo de cómo se podrían desarrollar estos esfuerzos, con los países atlánticos a la cabeza. Los socios atlánticos podrían, asimismo, trabajar para conectar mejor su actividad comercial y sus cadenas de abastecimiento y suministro tomando la iniciativa en políticas de desarrollo propias de la próxima generación, en inversión, infraestructuras, educación, energía, medio ambiente, sectores de servicios, facilitación de la actividad empresarial, así como la buena gobernanza (Zoellick, 2012).

Los socios atlánticos podrían también asumir un papel pionero en un conjunto de otras áreas: podrían tomar la delantera en la finalización de los subsidios agrícolas y la promoción de la exención de controles para la exportación de alimentos de la ayuda humanitaria, tal y como recomendó el G-20¹; podrían asimismo ponerse de acuerdo sobre la forma de facilitar el comercio a través de la

1. Estas iniciativas parecen más realistas ahora que anteriormente debido a las perspectivas cambiantes sobre la agricultura, de excedentes crónicos a creciente demanda.

simplificación de los trámites de aduana, una iniciativa aún atascada en el lodo de Doha; podrían encabezar el debate global con respecto a la aplicación de las normas existentes de la OMC y del FMI que prohíben la manipulación de tipos de cambio para obtener una ventaja comercial injusta²; podrían constituir el núcleo de un acuerdo internacional de servicios que ofreciera la liberalización recíproca de todas las economías dispuestas a sumarse³; por último, una redefinida *Comunidad Atlántica* podría ser la vanguardia a la hora de acordar principios operativos estándar por parte de las empresas de propiedad estatal. La mayor importancia de este tipo de empresas –en servicios financieros, telecomunicaciones, acero, productos químicos y energía y otros recursos naturales– exige nuevas reglas para que las empresas privadas puedan competir de forma justa con el capitalismo de Estado. No hace falta que las reglas lleguen a impulsar la privatización o hagan retroceder a las empresas estatales, sino que deben exigir transparencia, comportamiento comercial, declaración de los subsidios, no discriminación, así como contratación abierta.

Desafíos de gobernanza del propio océano Atlántico

En primer lugar, un punto crecientemente importante de la agenda de gobernanza panatlántica viene planteado por los desafíos y las oportunidades generadas por el propio océano Atlántico. Esta área comparte problemas con otros océanos: la contaminación, la degradación de los ecosistemas marinos y costeros y de la biodiversidad marina, así como los efectos amenazantes del cambio climático. Sin embargo, cada vez hay más cuestiones que requieren una atención panatlántica: cuatro de las siete áreas de pesca marítima del Atlántico son líderes mundiales, con el 50% o más, de poblaciones pesqueras sobreexplotadas, y en las otras tres áreas, este porcentaje llega al 30%. Como los caladeros tradicionales cada vez son menos fructíferos, la pesca se traslada a nuevas zonas y recursos porque las capturas disminuyen (Richardson *et al.*, 2012). Además, el Atlántico

-
2. Brasil ya ha instado a la OMC a debatir estas cuestiones; sus socios atlánticos podrían apoyar tal iniciativa.
 3. Para los países del Atlántico Sur que intentan diversificar sus economías, el comercio de servicios es cada vez más importante para aumentar la productividad y reducir los costes de desarrollo de infraestructuras de vital importancia.

nororiental ofrece la prueba más clara hasta la fecha de que el aumento de las temperaturas del agua traslada la gama y variedad de los organismos marinos de aguas más cálidas hacia los polos. Estos patrones cambiantes representan nuevos desafíos para la gestión sostenible de la pesca y afectan a las probabilidades de captura, beneficiando potencialmente al Ártico, y a las aguas templadas del Atlántico, a costa del golfo de México y de las aguas ecuatoriales atlánticas. Además, como las flotas pesqueras mundiales centran cada vez más sus esfuerzos en el Atlántico Sur, porque los caladeros tradicionales menguan, el control de la pesca ilegal, no regulada y no declarada, constituye un desafío creciente (Watson y Pauly, 2001). Hay un vacío tanto en términos de estructuras nacionales de gobernanza marítima en la mayoría de estados costeros como en términos de sistemas integrales de gobernanza cooperativa. Las comisiones regionales de pesca existentes no han demostrado ser particularmente eficaces ni tampoco muy cooperativas.

En segundo lugar, el Atlántico igualmente tiene una función única y singular como lugar geométrico del sistema termohalino del planeta, un modelo de circulación global de corrientes que distribuye el agua y el calor desde el ecuador hacia los polos, hecho que reduce los extremos climáticos del planeta. Cualquier cambio de este modelo podría tener efectos incalculables en todo el mundo y hay indicios de que el cambio se ha iniciado. La circulación termohalina es impulsada por el hundimiento del agua fría y salada en las latitudes altas. Sin embargo, los científicos han descubierto que las aguas superficiales del Atlántico Norte son cada vez más cálidas y *dulces*; es decir, menos saladas y por lo tanto menos densas, de forma que pueden alterar la trayectoria y la fuerza de la corriente del Golfo, la corriente del Atlántico Norte y la circulación termohalina general, con graves impactos sobre los ecosistemas marinos, las zonas de pesca, la calidad de las aguas costeras, así como el ciclo de nutrientes, los niveles del mar y el clima de la superficie (Nellemann *et al.*, 2008). Algunos modelos climáticos proyectan un debilitamiento del proceso de circulación atlántica de hasta un 25% para finales de este siglo. Si bien el menor flujo del calor del océano podría ser compensado por el futuro calentamiento global provocado por el efecto aislante del dióxido de carbono en la atmósfera, es improbable que estos dos procesos sean equivalentes o actúen de forma sincrónica y, por lo tanto, es probable que ejerzan importantes efectos perjudiciales sobre la actividad humana, no solo a lo largo de las costas sino a través de los continentes.

En tercer lugar, el Atlántico juega un papel especialmente importante en el almacenamiento del carbono. Los océanos son los mayores depósitos de carbono, contienen mucho más carbono que la atmósfera o la biosfera terrestre, y absorben una cuarta parte del dióxido de carbono que emiten los seres humanos a la atmósfera cada año. Desafortunadamente, los océanos no absorben el dióxido de carbono a la velocidad en que la emiten los seres humanos, y los altos niveles

que están siendo absorbidos por el Atlántico aumentan los niveles de acidez, con potenciales efectos en cascada a través de la cadena alimentaria marina y la estructura general de los ecosistemas marinos.

En cuarto lugar, los océanos más cálidos y el aumento del nivel del mar interactúan para aumentar el potencial destructivo de las tormentas más poderosas. Su impacto puede ser mayor en ciertas zonas que sufren un aumento del nivel del mar superior a la media, como la costa este de Estados Unidos (Sallenger *et al.*, 2008). Mientras las regiones costeras a lo largo del Atlántico luchan para hacer frente a futuros desastres, podrían ser de utilidad nuevos mecanismos de intercambio panatlántico de mejores prácticas en materia de gestión integrada de riesgos costeros.

En quinto lugar, se ha producido un crecimiento explosivo en el tamaño y número de «zonas muertas» marinas, espacios donde el agua profunda es tan baja en oxígeno disuelto que las criaturas marinas no pueden sobrevivir. Las zonas muertas marinas se han multiplicado por diez a escala mundial en los últimos 50 años. En total, hay más de 400 zonas muertas en todo el mundo. La mayoría se encuentran en el Atlántico (Díaz y Rosenberg, 2008). Muchas se producen de forma natural, pero los cambios inducidos por el ser humano, tales como las escorrentías agrícolas, han ampliado estas zonas y han modificado su naturaleza. Una creciente gran zona baja en oxígeno frente a la costa de África Occidental, por ejemplo, está invadiendo los hábitats del atún, el pez espada y otras especies, obligándolas a desplazarse a las áreas ya sobreexplotadas, acelerando los patrones de sobrepesca descritos anteriormente.

A pesar de esta gran cantidad de cuestiones planteadas, la gobernanza del océano Atlántico se presenta de forma desigual. Algunos mecanismos del Atlántico Norte funcionan, pero los tipos de acuerdos del Atlántico Sur son poco equitativos y frágiles, y no existe un marco panatlántico global. En el caso de la contaminación procedente de los buques, por ejemplo, el llamado Acuerdo de Bonn establece acuerdos de cooperación sobre este tipo de eventualidades en el Atlántico Nororiental, pero no existen soluciones equivalentes para otros cuadrantes del Atlántico. Mecanismos de cooperación más amplios, como la Agencia Europea de Seguridad Marítima (EMSA, por sus siglas en inglés), no existen en el Atlántico Sur más allá de las organizaciones nacionales. El servicio CleanSeaNet de la EMSA (vigilancia y detección por satélite de la contaminación por hidrocarburos en el mar), proporciona a todos los estados miembros de la Unión Europea imágenes de radar por satélite para detectar posibles vertidos de petróleo en la superficie del océano; esta cobertura se complementa con una vigilancia sistemática marítima y aérea. No hay equivalentes en el Atlántico Sur (Richardson *et al.*, 2012).

Los socios del Atlántico Norte podrían considerar la posibilidad de ofrecer fotografías de satélite a lo largo de las principales rutas marítimas del Atlántico

Sur a los socios interesados en recibirlos. También se podría considerar la posibilidad de un Foro Atlántico de Guardia Costera para facilitar la cooperación operativa y el intercambio de mejores prácticas, incluso entre los magistrados de los estados ribereños respecto a los métodos de investigación. Un grupo de estudio patrocinado por el German Marshall Fund de los Estados Unidos ha recomendado la creación de un foro del Atlántico Sur en el cual los países puedan compartir sus propias ideas sobre la gobernanza de los océanos y la política marítima, así como beneficiarse de la experiencia del Norte. Con el tiempo, las actividades de este foro podrían llevar a los estados del sur a establecer mecanismos de gobernanza para un desarrollo compartido sostenible y seguro. El grupo de estudio recomienda que los países del Atlántico Norte se declaren dispuestos, en aras de una mejor gestión de su mar común, a ayudar en este proceso con sus recursos, conocimientos y experiencia (Richardson *et al.*, 2012). Estas recomendaciones parecen eminentemente plausibles, y podrían ser reforzadas tal vez por un compromiso anual o semestral a nivel panatlántico integral.

Un desarrollo panatlántico conectado es el denominado programa de «crecimiento azul», que abarca diversas iniciativas destinadas a aprovechar el potencial sin explotar de los océanos, mares y costas en la creación de puestos de trabajo y en el crecimiento económico; combina distintos elementos de las agendas de energía, comercio y océano (Ecorys *et al.*, 2012). Existen varios elementos clave para la agenda de gobernabilidad del Atlántico: el primero es la energía azul o energía derivada del océano. La exploración en alta mar y en aguas profundas, así como la extracción de combustibles fósiles tradicionales avanzan en todas las costas del Atlántico; no obstante, no hay normas internacionales de seguridad relativas a instalaciones de energía en alta mar excepto las definidas por empresas a título individual. Asimismo, podrían ofrecerse oportunidades a asociaciones público-privadas en relación con otras tecnologías energéticas propias del océano, como la energía eólica marina, los dispositivos que utilizan las olas y las mareas, así como sistemas de conversión de energía térmica oceánica. Por otro lado, la explotación y extracción de minerales del mar también progresa y podrían ampliarse a aguas más profundas. Se considera que el volumen de negocio anual global de la minería de minerales marinos puede crecer de prácticamente cero a 5.000 millones de euros en los próximos 10 años y ascender hasta a 10.000 millones de euros en el 2030; sin embargo, el derecho marítimo y convenios relacionados no responden plenamente a tal evolución en medio de creciente inquietud medioambiental. Por último, la biotecnología azul, que podría dar lugar a fármacos innovadores desarrollados a partir de organismos marinos, plantea también desafíos relativos en materia de regulación y gobernanza. En cada una de estas áreas, los países del Atlántico podrían llevar la delantera, pero también en este caso los mecanismos de gobernanza son insuficientes.

Desafíos en materia de seguridad humana

La «comunidad estratégica» internacional, centrada en gran parte en disputas interestatales tradicionales, sobre todo en las que pueden tener un impacto global, ha apartado su mirada del Atlántico, ya que este carece de conflictos, escisiones y puntos críticos reales que son evidentes en otros entornos, como en la región Asia-Pacífico y en el océano Índico. Como ha señalado Ian Lesser (2012: 21), no hay un equivalente atlántico de carácter grave en comparación con el riesgo de una guerra nuclear en la península coreana, el conflicto entre India y Pakistán o la amenaza de rivalidad estratégica Estados Unidos-China. Esta distinción es importante, pero tal vez lo es de una forma diferente de como se ha interpretado tradicionalmente. Aunque los desafíos de seguridad entre estados son mayores en el Pacífico, los desafíos a la seguridad humana revisten un carácter más esencial en el caso del Atlántico. Indudablemente, persisten algunos conflictos *tradicionales*, tales como las disputas sobre las Malvinas/Falklands o sobre Ceuta y Melilla. La reanudación de reivindicaciones territoriales en el Atlántico Sur, impulsadas en parte por el descubrimiento de nuevos recursos comercialmente rentables, podría plantear nuevos desafíos concernientes a la seguridad. Pero los mayores –y más comunes– desafíos son de naturaleza intraestatal. El narcotráfico, el flujo de armas, la piratería, la inestabilidad política, así como la infiltración de terroristas, están revistiendo todos ellos un alcance panatlántico. Resulta probable que la seguridad humana –sobre todo respecto a la protección de los ciudadanos frente a la violencia o a daños a gran escala– sea un elemento más apremiante y motivador que la seguridad del Estado a la hora de abordar la cooperación en cuestión de seguridad atlántica. Además, estos desafíos en materia de seguridad tienden a ser moneda corriente y, por lo tanto, representan una oportunidad para unir esfuerzos y probar nuevas modalidades de gobernanza y cooperación en seguridad.

Una combinación letal de estados frágiles, lucrativas rutas de narcotráfico, así como dilatadas y porosas fronteras marítimas y terrestres, une a los países del Atlántico en un círculo vicioso de violencia, pobreza, inestabilidad y todas las formas de delincuencia organizada. Los retos planteados por las organizaciones delictivas transnacionales han superado con creces el nivel de los cárteles de las guerras de la droga de antaño. La clara dicotomía entre consumo de drogas en el Norte y producción de drogas en el Sur se ha transformado en un fenómeno panatlántico; el consumo crece en el Sur y el tráfico crece en el Norte. Las organizaciones delictivas transnacionales están ampliando sus operaciones, funcional y geográficamente, forjando alianzas con grupos insurgentes, terroristas y bandas, corrompiendo al mismo tiempo elementos en el seno de los gobiernos nacionales y valiéndose del poder y la influencia que obtienen de la conquista de instituciones del Estado para favorecer sus actividades criminales. La intersección

entre delincuencia y conflicto no es un fenómeno nuevo, pero la globalización y las tecnologías de las comunicaciones han proporcionado a los insurgentes y a las redes terroristas la capacidad de ampliar sus operaciones así como conexiones que sobrepasan con creces los límites de sus zonas de conflicto originales. A lo largo de los años, armas pequeñas y armamento ligero han circulado de forma ilícita a través del Atlántico, de África a América del Sur, hacia los grupos insurgentes, las FARC u otros. En la actualidad, flujos de drogas, armas y dinero en efectivo circulan a través de todo el ámbito atlántico.

La evolución de la situación en Malí es emblemática. La intervención de principios de 2013 encabezada por Francia se ha caracterizado por un esfuerzo para erradicar a Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) del territorio –dos veces el tamaño de Francia– que este movimiento había arrebatado a las autoridades del país africano. Ahora bien, lo que le dio auténtica fuerza al movimiento no fue el atractivo de su ideología radical, sino sus estrechos y lucrativos vínculos con los cárteles delictivos que traficaban con drogas y armas, principalmente de las Américas y de Europa. Contrabandistas de armas y narcotraficantes de América Latina han cruzado el Atlántico y se han valido de áreas de frágil gobierno en África Occidental como ejes logísticos y puntos de transbordo a destinos en Europa y más allá (Aning, 2011; Østebø, 2012; Lacher, 2012). Este nexo de delincuencia, drogas, armas y terrorismo se ha convertido en un desafío panatlántico y exige respuestas conjuntas.

También se plantean más problemas de seguridad a raíz de los crecientes flujos de energía, comercio y personas a través del Atlántico. A medida que la nueva economía atlántica crece cada vez más vinculada, complejos flujos de capital, bienes, información y personas crean nuevas redes interconectadas. Sin embargo, este dinamismo crea también factores de vulnerabilidad susceptibles de dar lugar a la interrupción de funciones de vital importancia como el transporte, las corrientes de energía, los servicios médicos, las cadenas de suministro de alimentos y sistemas de negocios, las comunicaciones y las redes financieras. Los gobiernos están habituados a proteger sus territorios; ahora deben proteger también las funciones vitales de su sociedad, las redes que las sustentan, así como las conexiones que esas redes mantienen con otras sociedades (Hamilton y Rhinard, 2011). Esta nueva situación requiere entablar relaciones público-privadas, además de una estrecha colaboración entre los gobiernos, el sector privado, la comunidad científica y las organizaciones no gubernamentales.

Existe otro factor que otorga si cabe mayor importancia al debate sobre la cooperación panatlántica en materia de seguridad. Hasta ahora la primacía de Estados Unidos en alta mar ha garantizado la estabilidad marítima comercial durante décadas y, por lo tanto, se ha dado por sentada, de la misma manera que la globalización ha dependido de ella. Sin embargo, dada la reducción del

gasto militar estadounidense y una renovada atención naval de Estados Unidos al Pacífico, podemos estar entrando en una fase de la historia en la que varios países podrían compartir el dominio de la alta mar en lugar de hacerlo un solo país como en el pasado reciente. Es probable que esta situación se presente por primera vez en el Atlántico, no en el Pacífico; en consecuencia, el Atlántico puede convertirse en un banco de pruebas de un concierto marítimo de democracias consagradas a garantizar la seguridad del océano Atlántico. En su conjunto, estos desafíos ofrecen una oportunidad a las partes interesadas del Atlántico para formar redes panatlánticas orientadas a garantizar la seguridad de los flujos de esta zona. Tales redes podrían estar regidas por algunos principios básicos: acuerdo sobre control militar; compromiso para mantener abiertas las rutas y las líneas de comunicación marítimas; consultas regulares sobre los desafíos en materia de seguridad; así como medidas apropiadas contra peligros comunes, como las drogas y la delincuencia, la piratería, el terrorismo y las catástrofes naturales.

Dadas las susceptibilidades y discrepancias entre los mecanismos de gobernanza del Atlántico Norte y el Atlántico Sur, estas redes podrían iniciarse de manera provechosa en el Sur. Los países del Atlántico Norte pueden proporcionar experiencia y financiación, sin marcar una huella excesivamente pesada, y los países del Atlántico Sur pueden asumir mayores responsabilidades para el bien común de la vecindad. Con el tiempo, nuevas formas de cooperación con relación a los retos comunes concernientes a la seguridad podrían incrementar las oportunidades para el debate, la cooperación y la confianza entre los países desarrollados y en desarrollo del Hemisferio Atlántico. Tales esfuerzos no partirían de cero. El Plan de Acción Praia contra las Drogas y la Delincuencia Organizada, adoptado por la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (ECOWAS, por sus siglas en inglés), tiene carácter integral, pero su aplicación se ha retrasado. España, Portugal y diez estados del Atlántico Sur reunieron sus esfuerzos en Lanzarote en 2009 para poner en marcha un marco flexible de seguridad sobre la delincuencia organizada, la migración irregular, el control del clima y la salvaguardia de la biodiversidad. No obstante, poco se ha hecho. Ambas iniciativas podrían mejorarse y ampliarse para incluir a otros socios del Atlántico. Hay un debate sobre una versión africana de la Comisión Latinoamericana sobre Drogas y Democracia (ECOWAS-GIABA *et al.*, 2012); por otra parte, la Comisión sobre el Impacto del Tráfico de Drogas sobre la Gobernanza, la Seguridad y el Desarrollo en África Occidental, presidida por el expresidente nigeriano Olusegun Obasanjo, resulta prometedora. El Proceso Kimberley, que implica el control de la cadena de suministro de diamantes conflictivos para detectar los eslabones débiles de forma que pueda mejorarse la eficacia internacional, podría ser un modelo apto para controlar otras cadenas de suministro delictivas. El logro de una mayor

adhesión africana al Grupo de Acción Financiera Internacional también sería provechoso. Otras iniciativas, como el Consenso de Chapultepec encabezado por México contra la delincuencia organizada transnacional; el Acuerdo marítimo regional del Caribe de 2003 y el Acuerdo de cooperación sobre seguridad marítima y del espacio aéreo de la Comunidad del Caribe (CARICOM) de 2008; o los programas de cooperación patrocinados por la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito [UNODC] (Iniciativa de la Costa Oeste de África o el Programa de Control de Contenedores) o la UE (policía marítima y aérea, SEACOP y AIRCOP); podrían servir de puntos orientativos fructíferos en orden a una cooperación panatlántica más amplia, como podrían ser útiles asimismo las lecciones aprendidas de la intervención en Malí.

No obstante, en conjunto estos esfuerzos siguen siendo limitados o desiguales, carentes a menudo de clara priorización y con un mínimo control nacional. Precisan abordar aún la tarea de inspirar una arquitectura panatlántica más amplia. Otras medidas podrían incluir, por ejemplo, la mejora del mutuo entendimiento, la vigilancia y la capacidad de intercepción para combatir las actividades marítimas ilegales y el tráfico de drogas, armas y seres humanos. La red de acuerdos de ayuda mutua entre los estados es insuficiente y debe ser reforzada para potenciar la eficacia de la persecución judicial de los delincuentes. Los convenios existentes deberían armonizarse en los casos en que sea posible. Podrían reforzarse consultas para diseñar las primeras nociones de lo que podría llegar a ser una arquitectura panatlántica más amplia e integrada. Teniendo en cuenta que la creciente dinámica de conexiones interatlánticas viene impulsada por la actividad del sector privado, se debería tener asimismo en cuenta la creación de una Iniciativa de gestión del movimiento atlántico (Atlantic Movement Management Initiative, AMMI) público-privada, cuya misión sería la de aunar seguridad y capacidad de hacer frente a situaciones adversas con imperativos comerciales en sistemas propios del movimiento Atlántico, incluyendo el transporte marítimo, el transporte aéreo, incluso Internet. Tal esfuerzo podría mejorar la cooperación entre los actores públicos y privados y servir potencialmente de factor precursor de un marco de gobernanza global más ambicioso.

Normas y valores

Existe otra razón por la cual el Atlántico ofrece posibilidades como banco de pruebas destinado a saber cómo tanto potencias consolidadas como emergentes pueden sondear nuevos enfoques de gobernanza. El Hemisferio Asiático es el hemisferio de normas y principios disputados en y entre sociedades abiertas y

cerradas. En el Hemisferio Atlántico, por el contrario, se unen –aunque con altibajos– en torno a aspiraciones básicas en materia de gobierno interno (*The Economist*, 2012). La mayoría de países latinoamericanos y africanos defienden actualmente normas básicas de gobernanza democrática compartida por democracias consolidadas en América del Norte y Europa. Por supuesto, en todo el ámbito atlántico los logros no siempre coinciden con las aspiraciones pero, a pesar de las limitaciones y los contratiempos, los países del Hemisferio Atlántico han seguido impulsando –si se tiene en cuenta el conjunto de factores– la democratización, creando oportunidades para que tanto las democracias consolidadas como las emergentes fomenten y consoliden el buen gobierno, la práctica democrática y una cultura de respeto de la ley en todo el ámbito panatlántico. El Hemisferio Atlántico ofrece asimismo diversos modelos de práctica democrática susceptibles de ser pertinentes con relación a debates mundiales más amplios sobre gobernanza eficaz y receptiva. Este desafío de la gobernanza tiene tanto una dimensión interna como externa. Por una parte, un compromiso compartido de normas y prácticas democráticas ofrece una base desde la que hacer frente a continuos problemas internos, como la corrupción y el nepotismo, la manipulación electoral, las instituciones débiles propensas a la democracia del *hombre fuerte*, la infiltración y el control por parte de la delincuencia organizada de cárteles o redes terroristas; por otra parte, hay países del Hemisferio que defienden los principios democráticos pero los quebrantan en la práctica de modo habitual y hay casos en que las democracias jóvenes han retrocedido.

Un compromiso compartido con la democracia, el buen gobierno y una cultura de respeto de la ley son también una base importante para abordar la cuestión de cómo las potencias consolidadas pueden trabajar con las potencias emergentes para conciliar la diversidad política y cultural a fin de asegurar la viabilidad del orden internacional basado en normas (Kliman, 2012; Hamilton y Volker, 2011; Ikenberry, 2011). Que las potencias en auge decidan desafiar el orden actual o ascender en su seno depende en gran medida de la forma en que las potencias consolidadas se comprometan de forma recíproca entre sí, como también con otras democracias en ascenso. Cuanto más fuertes sean los vínculos entre las principales economías de mercado democráticas, mayor será la probabilidad de poder incluir a socios en ascenso como actores responsables en el sistema internacional; cuanto más unido, integrado, interconectado y dinámico sea el Hemisferio Atlántico, tanto mayor es la probabilidad de que las potencias emergentes crezcan dentro de este orden y se adhieran a sus normas; cuanto más flojos o débiles sean los vínculos, mayor es la probabilidad de que las potencias emergentes desafíen este orden. En este sentido, es probable que la vía a una gobernanza eficaz en el siglo XXI se recorra a través –y no fuera– de una Comunidad Atlántica redefinida.

El Atlántico puede ser también un banco de pruebas de la innovación en materia de gobernanza. Como ha mostrado este breve análisis, los enfoques basados en el equilibrio tradicional de poder, orientados a las interacciones entre estados, no encajan tan bien en el espacio atlántico como las *redes de gobernanza*, susceptibles de aunar instituciones internacionales, gobiernos nacionales, sociedad civil y organizaciones privadas en la búsqueda de objetivos comunes. En el Atlántico, tales redes pueden ser útiles para fijar la agenda temática, fomentar el consenso, coordinar las políticas, intercambiar información, así como establecer normas. Esto último no excluye ni relega la competencia ni las exigentes consideraciones geopolíticas, sino que las sitúa en el marco más amplio de la interdependencia. Y esto reviste suma importancia en un contexto, como el Atlántico, en el que las relaciones entre los principales actores estatales no se definen principalmente en términos antagónicos y las amenazas transnacionales son en gran medida comunes (Vasconcelos, 2012: 240-263; Nye, 2011: 216; Hamilton y Volker, 2011; Ikenberry, 2011).

Si estas redes llevan su cometido a buen término, el poder de convicción de la innovación de la gobernanza atlántica puede consistir en demostrar la importancia de las organizaciones internacionales no gubernamentales; es decir, redes susceptibles de propiciar sólidos vínculos entre los continentes atlánticos, organizadas en torno al principio del regionalismo abierto (Bergsten, 1997). El regionalismo abierto significa, en este contexto, que los esfuerzos regionales pueden ayudar no solo a hacer frente a las cuestiones regionales de interés común, sino también a enmarcar debates globales más amplios sobre desafíos contemporáneos, así como normas y estándares apropiados. Las iniciativas atlánticas pueden tener importantes efectos de demostración y habituar a funcionarios, gobiernos y otras partes interesadas a colaborar entre sí y a considerar nuevas ideas susceptibles de ser adoptadas posteriormente en otros foros globales.

Conclusión

El Hemisferio Atlántico emergente constituye un microcosmos de las tendencias globales clave, es decir, aquellas referentes al reparto del poder, a las interdependencias cambiantes, así como a la propagación de los riesgos transnacionales. En este contexto, el Hemisferio Atlántico adquiere un nuevo significado como lente analítica y marco estratégico. Los países de este hemisferio hacen frente al desafío de impulsar la cooperación en materia de recursos y conexiones energéticas, de promover el comercio y la inversión, de abordar las cuestiones de la inmigración y la integración, de construir sociedades capaces de hacer frente a la adversidad, de potenciar la buena gobernanza, de invertir en salud y desarrollo

humano, así como de luchar contra las organizaciones delictivas transnacionales y sus crecientes vínculos con terroristas e insurgentes.

A pesar de la existencia de estas tendencias, todavía no existen mecanismos panatlánticos comparables a la cooperación existente en la cuenca del Pacífico, encarnada por el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) y otras agrupaciones. Sin embargo, el Atlántico puede ofrecer soluciones de gobernanza más innovadoras y eficaces susceptibles de ser adoptadas tanto en el marco del Pacífico asiático como en el océano Índico, ya que los mecanismos interestatales tradicionales no encajan en el espacio atlántico tan bien como las redes internodales de actores públicos y privados organizados en torno al principio de regionalismo abierto. Como las placas tectónicas del sistema global siguen desplazándose, es posible que la cuenca atlántica emerja como laboratorio mundial y banco de pruebas de una gobernanza interregional y en red entre países desarrollados y emergentes, especialmente si no se persiguen simplemente tales esfuerzos para contener a China o para prolongar instituciones del Norte hacia el Sur. Es hora de dejar de lado las fórmulas estériles del pasado y borrar la línea invisible que divide el Atlántico Norte y el Atlántico Sur mediante la redefinición de una nueva *Comunidad Atlántica* preparada para el nuevo mundo que se alza ante nuestras miradas.

Referencias bibliográficas

- Aning, Kwesi. *Security Links between Trafficking and Terrorism in the Sahel in Africa South of the Sahara*. Londres: Routledge, 2011.
- Bergsten, C. Fred. «Open Regionalism». Documento de trabajo 97-3, Institute for International Economics. Washington, DC, 1997.
- Collier P y A. Venables. «Rethinking Trade Preferences: How Africa Can Diversify its Exports». *The World Economy*, vol. 30, n.º 8 (2007), p. 1326-45.
- Diaz, Robert J. y Rosenberg, Rutger. «Spreading Dead Zones and Consequences for Marine Ecosystems». *Science*, vol. 321, n.º. 5891 (15 de agosto de 2008), p. 926-929. DOI: 10.1126/science.1156401.
- Ecorys, Deltares, Oceanic, 2012. «Blue Growth. Scenarios and drivers for Sustainable Growth from the Oceans, Seas and Coasts». *Final Report*. Study on behalf of the European Commission, DG MARE (en línea)
<https://webgate.ec.europa.eu/maritimeforum/content/2946>
http://ec.europa.eu/maritimeaffairs/policy/blue_growth/documents/com_2012_494_en.pdf
- ECOWAS-GIABA; Kofi Annan Foundation; Kofi Annan International Peacekeeping Training Center; New York University Center on International Cooperation. «The Impact of Organized Crime and Drug Trafficking on Governance,

- Development and Security in West Africa». Expert Meeting Summary of Proceedings, Dakar, Senegal, 18-20 de abril de 2012.
- Hamilton Daniel S. y Quinlan, Joseph P. *The Transatlantic Economy 2013*. Washington, DC: Center for Transatlantic Relations, 2013.
- Hamilton Daniel y Rhinard, Mark. «All for one and one for all: towards a transatlantic solidarity pledge». *The EU-US security and justice agenda in action*. París: European Union Institute for Security Studies, 2011.
- Hamilton, Daniel y Volker, Kurt (eds.). *Transatlantic 2020: A Tale of Four Futures*. Washington, DC: Center for Transatlantic Relations, 2011.
- Hinshaw, Drew. «Fast-Growing Label: Made in Ghana». *The Wall Street Journal*, 1-2 de diciembre de 2012, p. B1.
- Herfkens, Eveline. «Harmonized Trade Preferences for Low Income African Countries: A Transatlantic Initiative». Borrador preparado para la Atlantic Basin Initiative. Washington, DC: Center for Transatlantic Relations, abril de 2013.
- Ikenberry, G. John. «The Future of the Liberal World Order» *Foreign Affairs* (mayo/junio de 2011).
- International Energy Agency (IEA). *Energy for All: financing access for the poor*. París: IEA, 2011.
- Isbell, Paul. «An Atlantic Agenda for Biofuels». Borrador preparado para la Atlantic Basin Initiative. Washington, DC: Center for Transatlantic Relations, enero de 2013.
- *Energy and the Atlantic. The Shifting Energy Landscape of the Atlantic Basin*. Washington, DC: German Marshall Fund of the United States, 2012.
- Jafee, Amy Myers. «The Americas, not the Middle East, will be the World Capital of Energy». *Foreign Policy* (septiembre/octubre de 2011).
- Kliman, Daniel M. «The West and Global Swing States». *The International Spectator: Italian Journal of International Affairs*, vol. 47, n.º 3 (2012), p. 53-64.
- Lacher, Wolfram. «Organized Crime and Conflict in the Sahel-Sahara Region». Washington, DC: Carnegie Endowment for International Peace, septiembre de 2012.
- Lesser, Ian, et al. *Morocco's New Geopolitics*. Washington, DC: German Marshall Fund of the United States/OCP Foundation, 2012.
- Nellemann, C., Hain, S., y Alder, J. (eds). *In Dead Water – Merging of climate change with pollution, over-harvest, and infestations in the world's fishing grounds*. Noruega: United Nations Environment Programme, GRID-Arendal, febrero de 2008.
- Nye, Joseph S. *The Future of Power*. Nueva York: Public Affairs, 2011.
- Østebø, Terje. «Islamic Militancy in Africa». *African Security Brief*, n.º. 23 (noviembre de 2012). Africa Center for Strategic Studies. (en línea) http://africacenter.org/wp-content/uploads/2012/11/AfricaBriefFinal_23.pdf

- Page, John. *Supporting Africa's growth turnaround*. Washington, DC: Brookings, 2012.
- Richardson, John, *et al.* *The Fractured Ocean. Current Challenges to Maritime Policy in the Wider Atlantic*. Washington, DC: German Marshall Fund of the United States/OCP Foundation, 2012.
- Sallenger, Asbury H., *et al.* «Hotspot of accelerated sea-level rise on the Atlantic coast of North America». *Nature Climate Change*, n.º 2 (24 de junio de 2012), p. 884–888. Doi:10.1038/nclimate1597.
- Slaughter, Anne-Marie. «America's Edge. Power in the Networked Century». *Foreign Affairs* (enero/febrero de 2009).
- The Economist. «African democracy. A glass half-full». *The Economist* (31 de marzo de 2012), p. 57-58.
- Vasconcelos, Álvaro de (ed.) *Global Trends 2030 - Citizens in an Interconnected and Polycentric World*. París: EU Institute for Security Studies, 2012.
- Watson R. y Pauly, D. «Systematic distortion in world fisheries catch trends». *Nature*, n.º 414: (2001), p. 534–536.
- Werenfels, Isabelle y Westphal Kirsten, «Solarstrom aus Nordafrika: Rahmenbedingungen und Perspektiven». *SWP-Studie*, n.º 3 (febrero 2010). Berlín: Stiftung Wissenschaft und Politik.
- WTO, *World Trade Developments*, International Trade Statistics.
- Zoellick, Robert. «Five questions for the world's next trade chief». *Financial Times* (2 de abril de 2013).